

MANUELITA, EROS Y EL LIBERTADOR

Mario Javier Pacheco

La época

Fruto de los amores escondidos y prohibidos entre el capitán de las milicias del Rey, el noble Simón Sáenz y Vergara y la aristócrata Joaquina Aispuru Sierra y Pampley, nació Manuela en Quito el 27 de diciembre de 1797, predestinada al escándalo y al protagonismo.

Los comentarios sobre la relación **non sancta** de sus padres fueron minimizados dadas las costumbres licenciosas de la época y la elasticidad de los conceptos morales, en especial los relativos al sexo, porque ese final de siglo dibujó a la ciudad como una urbe donde se rezaba y se pecaba mucho.

Existía una especial curiosidad por el sexo, y la infidelidad era pan de todos los días, al extremo que se consideraba requisito **sine qua non** para estar a tono con las costumbres de la época.

A tal punto había llegado el relajamiento que en los conventos «Los religiosos viven con sus concubinas dentro de las celdas, las mujeres entran y salen a toda hora. Llevan ventaja los monjes a los hombres casados, porque tienen la libertad de mudar mujeres» según escribe Antonio de Ulloa en «Noticias Secretas de América».

Manuelita creció entre las ventajas de la riqueza y de la elevada posición social de sus progenitores, que le dedicaron su amor con deferencia, tal vez por su hermosura y precocidad, que distaba mucho de su hermana Eulalia «Contrahecha, escuálida y lívida, al decir de Alberto Miramón en «La vida Ardiente de Manuelita Sáenz». Su padre realista sectario vivió de muy mal modo los eventos independentistas de Quito en 1809, pues los patriotas lo encerraron en la cárcel con su hija Eulalia quien se había casado con un Oidor, y por esa y otras razones alimentó un odio animal contra aquello que sonara a revolución, de la cual, paradójicamente su amada Manuela sería protagonista.

El convento y D´Elhuyar

En aquella época se estilaba que las hijas de los ricos estudiaran en conventos, los cuales estaban muy lejos de ser dechados de virtudes, según se desprende de declaraciones que dejó para la historia el propio Arzobispo de Quito, don Federico González Suárez, quien en su «Historia General del Ecuador» dice que «Las virtudes fueron expulsadas de los claustros y las comunidades de religiosas cayeron en un lamentable estado de relajación. El fraile capellán entraba al convento muy a menudo y permanecía dentro de la clausura muchas horas, con pretexto de ayudar a bien morir a las monjas, entraban dos frailes y mientras el

uno entraba a la celda de la enferma, el otro vagaba a su placer, de aposento en aposento»

El mismo arzobispo se refiere a un episodio del Convento de Santa Catalina, uno de los más estrepitosos. Se iba a elegir la priora del convento y el provincial de los dominicos que tenía su candidata, en detrimento del deseo de la mayoría de las monjas, ordenó a los confesores que impusieran como penitencia a las opositoras votar por su candidata, lo cual encendió los ánimos, la ciudad se partió en dos bandos, pero ni con esto cedieron las rebeldes, hasta que «Los frailes la emprendieron contra las monjas a bofetadas y garrotazos, fuera de patadas a las caídas, y violación de la clausura». La bella Manuelita fue internada precisamente en ese Claustro de Santa Catalina, allí aprendió a bailar y coquetear y se hizo adolescente hermosa e impulsiva, en una de sus salidas de fin de semana, en 1814, sus hermanos le presentan al teniente Fausto D'Elhuyar quien se convirtió en su primer amor, la pareja contó con la complicidad de dos esclavas asignadas a Manuela, Jonatás y Nathan, a quienes encargó de llevar y traer papelitos con mensajes de amor, hasta que se escapó del convento para huir con el teniente, tenía 17 años, y su padre iracundo, temiendo que estuviera embarazada se la llevó al doctor Chayne, quien dictaminó que era «una mujer de singular conformación», es decir estéril. El suceso fue plato suculento del chismorreo quiteño, especialmente porque D'Elhuyar resultó desleal e infidente y relató en tiendas y cantinas con todo y pormenores, los ardores pasionales de Manuela y su extraordinario gusto por el sexo, según comenta el escritor venezolano Denzil Romero en «El doctor Thorne».

El matrimonio

El doctor Thorne, médico inglés, cuarentón y buena gente, ofreció sacrificarse para salvar la honra de la hermosa adolescente, pagó una dote de ocho mil pesos y se concertó un matrimonio por conveniencia oficiado en 1817; el hombre era demasiado ceremonioso y parco para el carácter fogoso de Manuela y la unión fracasa. Manuelita, caprichosa y enérgica se le escapa y le escribe «Como hombre, usted es pesado; la vida monótona está reservada a su nación. El amor les acomoda sin placeres, la conversación sin gracia y el caminado despacio, el saludar con reverencia, el levantarse y sentarse con cuidado, la chanza sin risa.

Yo me río de mi misma, de usted y de estas seriedades inglesas. Los ingleses me deben el concepto de tiranos con las mujeres, aunque usted no lo ha sido conmigo, pero si más celoso que un portugués»

Manuelita no escarmienta y muy pronto la sociedad quiteña vuelve a escandalizarse por sus devaneos con el bocón de D'Elhuyar, y el médico, que no quiere perder a su Manuela, resuelve poner tierra de por medio e instalarse en la capital del Perú en enero de 1819.

Manuelita se decepciona cuando llega a Lima y le expresa «¡Que horribles son esas barriadas increíblemente miserables, esos callejones de casuchas llenas de

miles y miles de indios y mestizos liendrados y niguachentos...¿son ellos los descendientes de los antiguos incas? ¿los que pagaron en oro y plata el rescate de Atahualpa?» (Elsa Robayo, «Una mujer de dos en Conducta»)

Thorne compra una de las más lujosas residencias de Lima pensando que iba a tener una vida familiar, normal y tranquila, pero para su desasosiego, Lima era a la sazón el paraíso de las mujeres: residencia de nobles, duques, condes, marqueses, caballeros, todos con ganas de galanteos y fiestas.

La Sáenz conquista la ciudad al poco tiempo de estar en ella, llama la atención su belleza, pero también el desparpajo de sus ideas y el fuego que destella al defenderlas.

Kasimir Edschmidd en «El Mariscal y la Dama» la describe así: Manuelita «tenía el cuerpo bonito, su rostro era delgado, las orejas muy pequeñas, la boca ancha. Su piel no era blanca como la de las criollas, sino muy morena, oscura y lisa como la de una estatua de bronce, pero esto se debía al sol. Llevaba el cabello dividido por una raya en medio y peinado hacia atrás sobre las orejas, atado en la nuca con una cinta color rosa»

Cordovez Moure la define en «Reminiscencias de Santafé de Bogotá como una «quiteña ardiente, de imaginación volcánica, de ánimo varonil y dotada por el cielo de una belleza deslumbradora; mujer de aquellas que no pueden creerse dichas en tanto que no tengan por dueño y señor absoluto a un hombre superior que las domine»

Fue tanta la influencia y la admiración que despertó la Sáenz, que su nombre comenzó a aparecer en establecimientos comerciales bautizados como «Manuelita», «Manuelilla», «Manola», «La Manuela», y de acuerdo con Elsa Robayo, en las prostitutas el impacto fue tal, que por los burdeles florecían las «Manuela Colibrí», Manuela la Flor de la Canela» «Manuela Estrella».

La guayaquileña Rosita Campuzano era, antes de la llegada de Manuelita, la reina de la sociedad limeña, con ella se retan a ver quien enamora primero a José de San Martín, El protector, y Rosita lo conquista, tales eran sus juegos y sus devaneos.

Un anónimo que le llega al doctor Thorne le advierte de las andanzas de la mujer y se produce una escena de celos, ella amenaza con abandonarlo y él la perdona, autorizándola para hacer sus caprichos.

Lo que sigue es **vox populi** en la urbe, todos saben que tiene varios amantes, que lleva a la cama al joven paje de Thorne y se comenta que su relación con Rosita Campuzano es libidinosa; la amistad entre las dos se suspende precisamente por una noche de lujuria, cuando las dos prepararon una recepción al hermano de Manuela, José María, que peleaba en el ejército de Bolívar. Dice la escritora Robayo en la obra citada, que: «Manuela estaba feliz por la llegada de su hermano, y Rosita por la cercana presencia de un hombre. Entre las dos organizaron la cena, brindaron toda la noche con champaña, hasta que los tres se

embriagaron y terminaron en la alcoba de Manuela. Al día siguiente, cuando Manuela se dio cuenta que había cometido incesto, se alejó de la Campuzano y se sumió en una profunda crisis que la mantuvo alejada de la sociedad durante un buen tiempo, no comía, llegó a pensar en el suicidio, tampoco se arreglaba, prefirió el encierro y se volvió condescendiente con Thorne»

Bolívar

Para evitar las habladurías se aprovecha un viaje de su padre a Lima en 1822 y Thorne la envía sola a Quito, con el pretexto de visitar a su madre. Llega a la capital ecuatoriana a pocos días de la batalla del Pichincha en la cual los generales Antonio José de Sucre y José María Córdoba derrotan al presidente Aymerich. Manuela se involucra atendiendo enfermos y procurando vituallas para los soldados patriotas, por Sucre se entera de la proximidad de la llegada de Bolívar, y efectivamente, el 16 de junio, el Libertador entra a Quito. Ella le lanza una corona de laurel que le golpea el pecho y sus miradas se cruzan; en la noche, durante el baile de bienvenida, don Juan Larrea la presenta al Libertador.

Ella de 24 años, y él próximo a los 40, Lleno de gloria y con una aureola de poder que domina todos los sitios en donde se encuentra. No era un hombre apuesto, al contrario, bajo de estatura, de un metro con sesenta y siete centímetros, Páez lo define como un hombre de «hombros angostos, piernas y brazos delgados. Rostro feo, largo y moreno, usa bigotes un tanto recortados al filo del labio, cejas espesas y ojos negros, pelo negro también, cortado casi al rapé con crespos menudos, el labio inferior protuberante y desdeñoso, Larga nariz que cuelga de una frente alta y angosta, casi sin formar ángulo. Es todo menudo y nervioso. Tiene la voz delgada pero vibrante. Y se mueve de un lado al otro con la cabeza siempre alzada y alerta las grandes orejas»

No era el adonis que pudiera gustarle a Manuelita, sin embargo quedó impresionada desde el primer instante. Ella era tan bella que el mismo obispo de Quito, cuando la vio bailando una ñapanga, dijo que «esta mujer es ni más ni menos que la resurrección de la carne» no le faltaban pretendientes y hubiera conquistado al que quisiera, pero quedó ensimismada con el libertador, y este con ella.

El romance que duraría ocho años floreció en el acto, los siguientes quince días fueron de citas clandestinas, de bailes, de paseos y especialmente de chismes de la sociedad y del pueblo quiteño.

La fama de mujeriego de Bolívar es proverbial, cuando llegaba a las aldeas en campaña, siempre pedía que se le trajera una mujer para no dormir solo, así que su hamaca y su cama fueron muy frecuentadas, las prefería jóvenes y bellas, sin importarle que fueran blancas, negras o mulatas; libres, campesinas o esclavas. Bolívar, según Denzil, «experimentaba el deseo sexual con la intensidad y la pasión que dicen, sienten los tocados por la tuberculosis pulmonar, por algo, según el escritor venezolano, sus más íntimos amigos le decían «El Trípode»

Manuela por su parte era reconocida por su impulso erótico, algunos hablan de ninfomanía, es decir, conformaban la pareja perfecta.

El 4 de julio sale Bolívar para Guayaquil y vuelve a reencontrarse con Manuelita en la Hacienda «El Garzal»

Viajes y celos

Se despiden el primero de septiembre con el acuerdo de volverse a ver en Lima. Allá llega ella en octubre de 1823 y se aloja en la residencia de su esposo, quien trata de interponerse infructuosamente en la relación. Manuelita es nombrada Secretaria de Bolívar, y todos en la ciudad se percatan de sus amores.

La relación se oficializó y ante los ruegos de Thorne, para que abandonara la aventura, le escribe: «Sabe que soy y seré por siempre la mujer del General Bolívar...Además quiero que sepa de una vez por todas que no le quiero ni le he querido. (Elsa Robayo, obra citada) «La dulce loca» de Bolívar convirtió de esa manera a Thorne en el más ilustre cornudo de la historia de América.

Del carácter celoso de Manuelita da fé un escrito de Víctor Von Hagen: Manuelita «llegó a la villa cuando no se le esperaba. Y encontró en el lecho de Bolívar un magnífico pendiente de diamantes. Hubo una escena indescriptible: Manuelita furiosa, quería arrancar los ojos al Libertador. Era entonces una mujer vigorosa.

Atacó a su infiel amante tan ferozmente, que el infortunado gran hombre tuvo que pedir socorro. Dos edecanes se necesitaron para librarlo de aquella tigresa. En cuanto a Bolívar, no hacía más que repetir: «Manuelita estás azorada, estás azorada» Las uñas de Manuelita hicieron tales surcos en el rostro de Bolívar que tuvo que permanecer en su habitación por ocho días. La disculpa oficial fue un malestar de gripe, pero, durante estos días, el arañado tuvo los cuidados más celosos y conmovedores de su querida gatita»

El Libertador se queda en Lima de donde sale a principios de 1824, y cae enfermo de consideración en Pativilca, allí llega Manuela para acompañarlo hasta su restablecimiento, y el Libertador comienza la Campaña del Perú, Manuelita regresa a Lima.

En Huaylas, Bolívar se enreda con Manuelita Madroño y el chisme llega a oídos de Manuela quien intenta suicidarse, sale con un piquete del ejército que iba a reunirse con el Libertador, se reconcilian y con él inicia el ascenso de Los Andes. El 2 de agosto toma parte en la batalla de Junín y sigue con el ejército sola, porque Bolívar regresa a Lima a enfrentarse a la ley que lo despoja de las facultades extraordinarias para dirigir la guerra del sur.

Dice Juan Bautista Boussingault en «Memorias» que, con Sucre entra de lleno a la batalla de Ayacucho, y vestida de capitán, se hace acompañar del Coronel Silva «lanza en mano con denuedo y bizarría y como trofeo recoge unos soberbios bigotes de un enemigo, muerto tal vez por ella misma, con este trofeo se hizo unos

bigotes postizos que los exhibía en los bailes de disfraces o las tertulias santafereñas»

Regresa a Lima donde comparte con Bolívar las mieles del triunfo hasta abril de 1825. Vuelven a reunirse en Chuquisaca y permanecen juntos hasta que el Libertador viaja a Lima en enero de 1826, allí conoce a Jeannette Hart a quien le propone matrimonio, pero cancela su compromiso de manera grosera cuando se entera que la dama tuvo un amante anteriormente, según relata Antonio Maya en «Jeanette Hart, la Novia Norteamericana de Simón Bolívar» y de acuerdo con palabras de la misma muchacha, Bolívar le dijo: «Ninguna mujer que se haya entregado a otro hombre nunca podrá ostentar el apellido Bolívar. El pecado de un hombre es entre él y su hacedor, no es asunto de otras mujeres, ni siquiera de su esposa; pero el pecado de una mujer es asunto de todo el mundo, particularmente de aquel quien le ha hecho el honor de pedirle la mano en matrimonio»

El antibolivarismo

Cuando Manuela llega a Lima encuentra en la ciudad un ambiente tenso contra su amado, de quien se separa el 3 de septiembre de 1826. Bolívar viaja a Guayaquil, deprimido, y enfermo, la separación durará un año, en ese período Manuelita pretende enfrentarse a la sublevación de la 3ª División Colombiana contra la autoridad del Libertador. Manuela se arma y a caballo llega a uno de los cuarteles de la División donde es puesta presa e incomunicada, hasta que se le expulsa de Perú con plazo de 24 horas.

En el barco que aborda viaja también el General José María Córdoba con quien sostiene una irritada relación. Por algo dicen que las mujeres tienen sexto sentido, y ella lo tenía muy desarrollado; alguna frase de Córdoba sobre su amante no le debió gustar, pues le cogió una animadversión que Bolívar siempre le reprochó; él realmente lo apreciaba.

Manuelita desembarca en Guayaquil y sigue a Quito con sus esclavas, allí recibe una carta de Bolívar desde Bogotá, aún más enfermo y descorazonado por las ingratitudes. «El hielo de mis años se reanima con tus bondades y gracias. Tu amor da una vida que está expirando. Yo no puedo estar sin ti, no puedo privarme voluntariamente de mi Manuela. No tengo tanta fuerza como tu para no verte: apenas basta una inmensa distancia. Te veo aunque lejos de ti. Ven, ven, ven luego. Tuyo del alma, Bolívar.

Eso era lo que esperaba Manuelita y el 1 de diciembre de 1827 parte para la capital de la Gran Colombia, a donde llega a mediados de enero de 1828.

Era época de tormentas políticas y el Libertador estaba entre enemigos, las fiestas no eran como las de Lima o Quito, donde el ambiente era más amable, en Santafé las reuniones eran frías, se percibía la traición en el ambiente.

Los miembros del congreso no eran amigos de Bolívar; el General Santander traía tras de sí una corte de áulicos que le pedían atentar contra la vida del Libertador, y muy pronto se ganó el odio de la explosiva Manuelita, que durante una fiesta, mientras se desarrollaba la Convención de Ocaña, mandó a hacer un muñeco con su figura y lo fusiló.

El escándalo fue mayúsculo y hubo necesidad de repartir disculpas a quienes se enteraron del suceso.

La enfermedad y los enemigos del Libertador le hicieron la vida difícil, pero todavía le faltaba vivir la horrible experiencia de la noche del 25 de septiembre de 1828.

Intento de asesinato

Noches antes, Manuela, a instancias de Bolívar había atendido a una mujer que le advirtió de la conspiración, comentándole que los conjurados se reunían en la Casa de la Moneda y que el jefe de ella era el mismo General Santander aunque él no asistía a las reuniones; que el General Córdoba sabía de eso. Manuelita le pasó el informe, pero cuando le nombró al oficial de sus disgustos, montó en cólera y mandó que la informante se fuera, porque «es una infamia el tomar el nombre de un general valiente como el General Córdoba».

Dice Manuelita que «El 25 a las seis me mandó llamar el Libertador. Contesté que estaba con dolor a la cara, repitió otro recado diciendo que mi enfermedad era menos grave que la suya y que fuese a verlo, como las calles estaban mojadas me puse sobre mis zapatos, zapato doble (Estos le sirvieron en la huida porque las botas las habían sacado para limpiar)»

«Me hizo que le leyera durante el baño, de que se acostó se durmió profundamente sin más precaución que su espada y pistolas. Sin más guardia que la de costumbre, sin prevenir al oficial de guardia ni a nadie, contento con que el Jefe de Estado mayor, o no se lo que era, le había dicho que no tuviera cuidado, que él respondía. (Este era el señor Coronel Guerra, el mismo que dicen dio para esa noche santo y seña y contraseña, y a más, al otro día andaba prendiendo a todos hasta que no se quien lo denunció). Serían las doce de la noche cuando latieron mucho los perros del Libertador, y a más se oyeron ruidos que debe haber sido al chocar con los centinelas, pero sin armas de fuego para evitar ruido. desperté al Libertador y lo primero que hizo fue tomar su espada y una pistola y tratar de abrir la puerta, lo contuve y lo hice vestir...cuando quiso volver a abrir la puerta lo detuve y se me ocurrió lo que le había oído al mismo general un día. ¿V. no le dijo a don Pepe París que esta ventana era muy buena para un lance de estos? Dices bien, dijo y fue a la ventana...ya estaban forzando la puerta y yo fui a encontrarme con ellos para darle tiempo a que se fuera, pero no tuve tiempo para verlo saltar, ni para cerrar la ventana. De que me vieron me agarraron y me preguntaron «Dónde está Bolívar» Les dije que en el consejo, que fue lo primero que se me ocurrió. Registraron la primera pieza con tenacidad, pasaron a la segunda, y viendo la ventana abierta exclamaban «huyó, se ha salvado» yo les

decía, no señores, no ha huido, está en el consejo, ¿y porqué está abierta esta ventana? yo la acabo de abrir porque quería saber que ruido había, unos me creían y otros no, pasaron al otro cuarto, tocaron la cama caliente y más se desconsolaron por más que yo les decía que yo estaba acostada esperando que él saliese del consejo»...» Cuando regresó a la casa me dijo «Tu eres la Libertadora del Libertador» y cuando le pidieron que identificara a los que entraron a la casa «el libertador se puso furioso «Esta señora, dijo, jamás será el instrumento de muerte, ni la delatora de desgraciados»

El ocaso

Desde ese momento lo que viene para Bolívar es doloroso. El destierro de Santander, y la muerte de varios de los conjurados que son héroes de la patria como el General José Prudencio Padilla y el Poeta Luis Vargas Tejada. El Libertador conoce una carta que escribe Córdoba a su hermano Salvador: «No volveré por ningún motivo al sur bajo el gobierno despótico y alevoso del General Bolívar»...» se cree que para desembarazarnos del mando del General Bolívar será muy difícil, y yo lo creo muy fácil, dando yo el grito con 500 antioqueños al principio, muy pronto me seguirá toda o la mayor parte de la Nueva Granada; con el resto, yo me compondré» (Joaquín Tamayo, «Nuestro Siglo XIX»). Efectivamente el 9 de enero de 1829 Córdoba se levantó en Antioquia y con 400 hombres se tomó a Medellín, Urdaneta lo derrota y es rematado en Santuario por Ruperto Hand el 17 de octubre de 1829. las desgracias disgregacionistas, que pretenden acabar la obra de Bolívar siguen, López y Obando se levantan en el sur y forman un gobierno independiente. El General José de La Mar, Jefe Supremo del Perú expulsa al representante colombiano en Lima y dispone la invasión a territorio colombiano con 8.000 hombres; Flórez en Quito también es reticente a continuar con la subordinación a Bogotá, y Páez en Venezuela declara su independencia de Colombia.

La renuncia

Bolívar, recién llegado de Quito, instala el Congreso admirable el 20 de enero de 1830, los presentes lo observan como un hombre avejentado, quebrantado. Dice de ese momento Joaquín Posada Gutiérrez: «Cuando se presentó estaba extenuado, sus ojos apagados, su voz honda, apenas perceptible, su rostro demacrado, todo en fin, anunciaba en él la próxima destrucción y el cercano principio de la vida inmortal»

Durante ese Congreso Bolívar presentó renuncia y por problemas de su salud ya minada se aleja a Fucha; se nombra Presidente a Joaquín Mosquera y Vicepresidente a José Domingo Caicedo, que por ausencia del primero, asume el mando del Gobierno.

La gran Colombia se atomiza, agonizaba igual que el Libertador, que sabe que ya no lo quieren en Colombia, el territorio que libertó. Venezuela, su propia patria, exige para tratar con Colombia que Bolívar no se encuentre dentro de sus fronteras.

Desengañado y enfermo, fija como fecha de su partida el 8 de mayo de 1830. No tenía dinero, en marzo había enviado su vajilla a la casa de la moneda y solo le dieron por ella \$2.500 pesos, ya el resto de sus efectos personales los había vendido, logrando reunir escasamente \$17.000 pesos para el viaje. El día 7, la víspera, se reunieron unos doscientos jóvenes exaltados gritando muera al Libertador, que se había alojado en la casa del General Herrán, el Vicepresidente, General Caicedo, temeroso de la seguridad de Bolívar se trasladó a la casa y pasó en ella la noche, junto al Libertador y bastante tropa.

Al día siguiente, de madrugada sale para la costa dispuesto a embarcarse a Europa. En sus oídos no queda el sonido de los cañonazos que anteriormente lo despedían sino que son heridos por el grito de unos borrachos que le gritan «Longaniza»

Muerte y persecución

La suerte de Manuelita fue la de Bolívar, se llenó de gloria en los triunfos y sufrió su desgracia, no pudo acompañarlo en el viaje a la costa y se dedicó a alentar la dictadura de Urdaneta, quien irrumpe en Bogotá y asume el mando del Gobierno de facto en agosto de 1830. La bella vende incluso algunas de sus joyas para financiarlo.

La mortal noticia de que su amado ya no podrá regresar por ella nunca más, la anonada. El muere de 47 años, el 17 de diciembre de 1830 cuando ella tiene 33. Los enemigos del Libertador asumen el poder y no están dispuestos a perdonar la pantomima en la que fusila a Santander, ni sus permanentes desplantes. Los periódicos la fustigan y ella se defiende mediante hojas volantes y papeles impresos, hasta que Santander ordena su destierro. Ella finge una enfermedad para que no se le expulse del país, pero un piquete de soldados a empellones la traslada a la cárcel de mujeres, posteriormente a Funza, para que de ese lugar emprenda camino al Ecuador. Sin embargo una escolta la conduce a «las bóvedas de Cartagena, donde el carcelero la contempla asombrado» (Antonio J. Arango. Manuelita bajo el cielo de Paita)

Tiempo después le permiten trasladarse a Jamaica, permanece allí tres años en medio de la más absoluta pobreza.

En octubre de 1835 arriba a Guayaquil, pero cuando pretende entrar a Quito, se lo impiden por orden del General Flórez, tachándola de revolucionaria.

El destino la conduce a un pueblo de la playa del pacífico, Paita, humilde lugar de pescadores en donde se dedica a fabricar dulces para subsistir, hasta que presa de la peste, muere solitaria el 23 de noviembre de 1856, a los 59 años.

Todas sus pertenencias fueron quemadas por temor a la enfermedad, entre ellas, muchos manuscritos de Bolívar que ardieron con el testimonio del más grande y volcánico de los amores de América.